

(02049)

Turrón del duro

Era la última jornada antes del parón navideño en la liga de segunda división. El Rayo de Mospintoles, superados los traspies iniciales de todo novato en una nueva categoría, había conseguido asentar su juego, y desde la defensa había ido consolidando sus líneas.

Piquito era titular indiscutible en el esquema del mster. Desempeñaba con solvencia su puesto de mediapunta, y se combinaba a la perfección con Chili Revuelta, el alto delantero centro llegado de Santander.

Los dos jóvenes habían sintonizado desde el primer entrenamiento, quizá porque no disputaban por el mismo puesto. Chili y Piquito se habían convertido en un tándem letal. Muy raro era el partido en que uno u otro no consiguieran marcar.

En la defensa el referente había sido Metzger. Ordenaba constantemente la posición de sus compañeros y leía los cambios tácticos del rival, a veces antes que el mster, quien había encontrado en Metzger un aliado importante, y ambos se entendían en mitad del ardor del juego con tan sólo una mirada, un gesto vago o un alzamiento de cejas.

El partido que hoy jugaba el Rayo como visitante era el primero que les iban a televisar para todas las 19 taifas en que está dividida España.

El Rayo lucía hoy su tercer uniforme a pesar de que tanto el primero como el segundo hubieran sido válidos dado que el rival jugaba con camisola roja. Pero también el rival usaba en este partido su tercera indumentaria, de color azul claro.

El misterio de estos cambios no era otro que una propuesta de López enviada a su homónimo del club rival contando con el beneplácito de la federación. Al ser un partido televisado, lucir los uniformes menos habituales impulsaría las ventas de los mismos entre sus respectivos seguidores.

Así pues nuestro Rayo lucía una desconocida equipación albinegra arlequinada. A Piquito y a Chili no les había gustado este cambio y habían comenzado una tímida rueda de protestas en el vestuario. El capitán, uno de los más veteranos, les explicó el motivo y zanjó la cuestión: "La empresa que os paga cree que así hace más dinero; vuestra misión, como profesionales, es jugar al fútbol".

La estéril protesta no podía prosperar por otro motivo: los dos jóvenes se enteraron del cambio cuando les entregaron las remeras en el vestuario y los utileros no habían traído ningún otro uniforme salvo los consabidos repuestos para previsible desgarrones.

Así pues el Rayo saltó al terreno de juego vestido como urracas, en palabras del propio Piquito. Y no es que nuestro genio del balón fuera especialmente supersticioso, sino que era otra sutil forma de protestar. Pero manías, eso sí, tenía a *puñaos*, como las tiene todo competidor de luenga trayectoria.

El Rayo había mejorado mucho en ritmo de juego y en el control del tiempo desde su debut en la categoría de plata, cuando acabó goleado por 5 a 1.

En su feudo había conseguido hacerse respetar, y no era cosa fácil ganarle. Fuera de casa todavía bajaba algunos enteros, pero sus delanteros marcaban casi siempre, como queda dicho, por lo que habitualmente arañaban puntos en sus desplazamientos.

En definitiva, se había ganado el respeto de los rivales de la categoría, se encontraba en la mitad alta de la tabla, a ocho puntos del tercero, y podían empezar a soñar con algo más que mantener la categoría.

La defensa del Rayo ya no era aquel colador del primer partido y su contraataque siempre acarreaba peligro de gol. Más de un partido habían roto Chili y Piquito con jugadas a balón parado o con asaltos vertiginosos al área tras robar el balón en la mediana del campo.

Efectuado el saque inicial Piquito se había olvidado de los colores de su elástica de hoy, y ahora sólo veía urracas a las que pasar y de las que recibir el balón. Cuando jugaban con un extremo el chaval se sentía más suelto, y subía a rematar los balones que el delantero centro le dejaba colgados.

Pero en este partido estaban jugando con los dos interiores y así Piquito tocaba más balón, lo jugaba más. El chaval gozaba cuando conducía el balón hacia la brecha. Y hoy estaba especialmente entonado. Se anticipaba a las entradas de los rivales y desbordaba con un juego fresco, repartiendo balones a los huecos y desbaratando las labores defensivas.

Hoy se estaba convirtiendo en la pesadilla de los centrales, y se había visto obligado a evitar un par de hachazos en los que el árbitro había aplicado correctamente la ley de la ventaja. Pero el gol no llegaba; el portero rival estaba también en onda y había atajado dos o tres bolas que iban adentro.

Llegó el descanso con el Rayo como claro dominador del partido. Quizá el mayor control temporal del cuero había pertenecido al anfitrión, pero el Rayo había creado más situaciones de peligro y mantenido a raya el ataque rival.

Tras los estiramientos y la reposición de líquidos, los mospintoleños salieron si cabe con más ganas. Se sabían ganadores morales, pero esto es insuficiente en

fútbol. No se gana un partido a los puntos como en el boxeo. Hay que marcar y mantener la puerta a cero, a ser posible.

Piquito hoy tenía ganas. En los inicios de la segunda mitad no había bajado su rendimiento un ápice. Un reparador masaje del fisioterapeuta del equipo le había descargado las pantorrillas. Estaba, si cabe, más rápido que en la primera parte, y le ganaba la partida una y otra vez a su par. Las voces en la defensa local eran constantes, ajustando las posiciones. Chili a su vez estaba sacando partido del marcaje férreo a que el rival estaba sometiendo a Piquito y había gozado de dos claras oportunidades antes del cuarto de hora de esta segunda parte.

En la siguiente ocasión en que Piquito recibió una fea entrada pudo saltar sobre el segado que le hicieron y el balón se perdió por la línea de banda. El árbitro no dudó (¡por fin!) en pitar falta y sancionar con tarjeta amarilla a quien había entrado a destiempo.

El central, cargado ya con una tarjeta, e incapaz de contener a un Piquito que se salía una y otra vez, pidió el relevo al compañero, pero el joven valor mospintoleño siguió haciendo de las suyas. Volvía a desbordar a su defensor y éste se veía obligado a hacerle continuas faltas.

Aun con todo, el partido seguía con empate a cero. Bien fuera por las reiteradas faltas, bien por el acierto del portero, bien por el desacierto de los delanteros, el rival también mantenía sus expectativas de adelantarse en el marcador en cualquier momento.

En esas estaban cuando Piquito le ganó la espalda al defensa y controló perfectamente un pase que le llegó oblicuamente desde la derecha, condujo la pelota hacia el área para llegar a encarar cómodamente al portero, que se había quedado a media salida. El figura levantó la cabeza y tuvo claro que con un leve toque haría una vaselina y el balón entraría mansamente en la portería. Se plantó, preparó el pie y fue entonces cuando sintió el golpe. Un patadón que le arrolló y derribó.

Piquito cayó al suelo presa de un gran dolor consciente de que la lesión era grave.

La entrada, vista por la tele, fue de las que espeluznan. Todo el mundo en el campo de juego se fue hacia el lugar de la falta. Incluso el portero mospintoleño corrió a amparar a su jovencísimo compañero mientras éste se retorció de dolor en el suelo. Allí mismo se montó una tángana; entre tanto las asistencias llegaban y procuraban unos primeros auxilios al chaval, que acabaría siendo retirado en camilla.

Para ese momento los ánimos en el campo se habían desbocado. Con todo, lo más curioso fue la reacción del delantero centro rival. Se había encarado con su propio compañero, le había agarrado por la camiseta y jalando de él con violencia lo lanzó al suelo.

En ese momento todos los jugadores se separaron y quedaron lívidos. El delantero centro y el defensa, ahora de pie, se encararon:

—¿Qué haces, gilipollas? ¡Lo has *matao*!

—Que te den por culo; a ti y a él.

La reacción del delantero no se hizo esperar y un soberbio sopapo explotó en la cara del central. Fueron sus propios compañeros quienes se metieron por el medio y los separaron.

El árbitro quedó atónito. Tenía la cartulina roja en la mano, y aún no se la había mostrado al defensa, ocupado como había estado en apaciguar los ánimos y recuperar el control de la situación. Dudó un instante... y acabó mostrando dos cartulinas rojas directas. Una al agresor —el delantero—, y la otra al defensa que había sacado del partido a Piquito.

El rival se quedaba de un plumazo con nueve sobre el campo, y aún restaban quince minutos por jugar.

Cuando el delantero se retiraba a la caseta hubo unos tímidos aplausos por parte de los aficionados locales. Detrás llegaba el defensa, con la marca del tortazo en sus mejillas, y el mismo público le dedicó una gran pitada. Piquito, sin embargo, no fue consciente de la tremenda ovación que le brindó el público cuando le retiraron los camilleros.

El Rayo no pudo realizar un cambio por el lesionado Piquito pues ya había agotado su cupo, con lo que el partido se reanudó con diez por el bando mospintoleño.

Visto el alcance de la lesión, Piquito fue metido en una ambulancia y llevado al hospital de aquella ciudad en compañía de López, que había abandonado rápidamente el palco disculpándose ante el presidente local, que también mostró su repulsa por tan tremenda entrada.

Una vez en el hospital se le diagnosticó rotura limpia de peroné. Estaría un mínimo de tres meses alejado de los terrenos de juego. Un tercio de la temporada, precisamente ahora que acababa de ser llamado por la selección nacional sub-19.

La mala fortuna se había cebado con Piquito, algo que nunca le había pasado hasta entonces. Lesiones sí había tenido, pero nunca en momentos tan inoportunos, aunque que ninguna lesión llega oportunamente.

Meses después, el día antes de reincorporarse a la competición, Piquito acudiría a la laguna que hay en un páramo solitario del municipio de Mospintoles. Había conseguido que le prestaran una barca y remó hasta el centro de aquel agua estancada y medio cenagosa. Llevaba una bolsa de loneta, y en el suelo de la barca había un par de piedras gruesas que había elegido con cuidado. Cuando estuvo en el centro del lago las introdujo en la bolsa, cerró ésta con la cremallera, y de un fuerte impulso lanzó bolsa, piedras y la camiseta que vestía el día de su lesión a lo más profundo del estanque. Aquella camiseta albinegra de tan mal agüero como las urracas.